

Lecturas

Una vida, cien novelas

Un hombre que se va..., memoria y picaresca de Eduardo Zamacois

JOSÉ LUIS
GARCÍA MARTÍN

Hay escritores a los que es dado asistir a su propia posteridad. Uno de ellos fue **Eduardo Zamacois**, célebre en las primeras décadas del siglo XX, olvidado después, y que tuvo una fugaz y casi milagrosa resurrección cuando estaba a punto de cumplir noventa años. Zamacois había fundado, en 1907, **El cuento semanal**, publicación periódica, dedicada a la novela corta que sería largamente imitada y que serviría de revulsivo para la narrativa española. En 1957, medio siglo después, vivía en el exilio argentino de un modesto empleo burocrático (a los ochenta años había comenzado a trabajar por primera vez en algo no relacionado con la literatura); todos en España le daban por muerto. Su mujer —una de sus mujeres, siempre tuvo varias— quiso regalarle una enciclopedia y, al enterarse del precio, preguntó si a los escritores se les hacía algún descuento. «El diez por ciento», dijo el librero. «¿A qué escritor se refiere usted?». Ella dijo el nombre de Zamacois y el librero —que se apellidaba Miracle, milagro— sorprendido la llevó a su despacho para explicarle que, días antes, un librero de Barcelona le había escrito para pedirle que localizara a los herederos a fin de reeditar una de sus novelas, **Memorias de un vagón de ferrocarril**.

Hubo entonces un cierto revuelo periodístico a propósito de Zamacois. En 1967, **Luis Ponce de León** le invitó a volver a España. La carta en la que declina la invitación es un modelo de lucidez: «Yo leo entre líneas lo que dicen los periódicos de mi viaje, y hay en sus comentarios más compasión que aprecio. Es mi edad, antes que mi obra, la que estiman digna de glosarse. Hablan de mí como de un fenómeno biológico. Mis años les interesan más que mis libros». Renunció por ello al viaje, aunque finalmente volvería en 1969 y se convertiría por un tiempo en escritor de moda. Pero interesaba más, como él suponía, el personaje que la obra.

Y sigue interesando más el personaje. Por eso el libro suyo que se lee con más gusto son sus memorias, **Un hombre que se va...**, a las que creyó poner punto final a los noventa años, pero a las que aún tuvo ocasión de añadir algún pasaje más cuando se reeditaron en 1969. Moriría dos años después. Había nacido en 1873, el año de la primera República, y se mantuvo lúcido hasta el final.

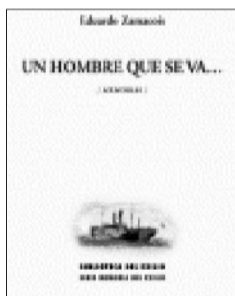
A Eduardo Zamacois le interesó el género memorialístico desde el principio. **De mi vida**, la primera entrega, es de 1903. Le siguieron otros títulos, entre los que destaca **Años de miseria y de risa** (1916), una de las más sugestivas evocaciones de la bohemia finisecular. Todas esas autobiografías parciales culminan en **Un hombre que se va...**, que es un libro distinto y unitario, aunque a veces repita páginas anteriores.

Un libro inagotable, como inagotable parecía la vida del autor. Hay en él una crónica fiel de la edad de plata, con retratos no retocados de algunos de los autores más ilustres. Esto es lo que nos cuenta de **Rubén Darío**, de quien un tiempo fue vecino: «El gran poeta abusaba del alcohol y no solía reintegrarse a su domicilio antes del amanecer. Compartía su hogar una mujer joven, de aspecto sencillo, ni fea ni bonita y metida en carnes, llamada Francisca Sánchez. Al par que de compañera actuaba de criada. Nunca se acostaba antes de que regresara su dueño, y cuando oía sus pasos vacilantes acudía a recibirle sin darle tiempo a llamar. Rubén llegaba siempre de mal humor, tenía el vino triste, cuando no agresivo, y a veces la golpeaba. Ella aguantaba el injusto castigo en silencio, pero en más de una ocasión la vimos, medio desnuda, con los cabellos revueltos y el afligido rostro bañado en lágrimas, huir a la calle y buscar

refugio en la taberna de la señora Gala, establecida en el piso bajo de la casa». Tiempo después se la volvería a encontrar casada con **José Villacastín**, editor y gran admirador de Rubén. La casa en la que vivían, en un pueblecito de Ávila (años después allí la encontraría **Carmen Conde**), era un verdadero museo del poeta: «Villacastín no se cansaba de hablar de él. Ella, no; ella le recordaba sin entusiasmo, sin cariño, y llegué a persuadirme de que la humildad con que en todo momento aceptó sus desafueros, obra fue de su nativa inclinación a obedecer, y no de amor al hombre, y menos de veneración al artista».

Hay también en **Un hombre que se va...** una novela picaresca en la que el protagonista nos cuenta los mil y un engaños de los que se vale para escapar de la miseria. Sin rubor alguno refiere Zamacois de las trampas de las que se valió para burlar a sus acreedores. «Los lances turbios del camino» titula el subcapítulo en que nos narra su estafa a un hostelero de Berna.

Las memorias de un émulo de **Casanova** encontramos igualmente en este libro. Eduardo Zamacois fue un seductor que nunca tuvo que hacer ningún esfuerzo para seducir a nadie. Se limitaba a dejarse querer, y —si hemos de hacerle caso— nunca faltaron mujeres que estaban dispuestas a dejarlo todo por seguirle o por solo una aventura de una noche. Él era incapaz de decir que no, y por eso, más de una vez, tuvo que resignarse a compartir su vida con varias parejas al mismo tiempo.

**Un hombre que se va...**

Eduardo Zamacois

Edición de Javier Barreiro y Bárbara Minesso
Renacimiento. Sevilla, 2011.

Interesan más las páginas en que deja constancia del tiempo que le ha tocado vivir

Pero interesan más las páginas en que deja constancia del tiempo que le ha tocado vivir. Hace menos de un siglo, en los civilizados Estados Unidos, se hacía justicia de esta manera: «Una madrugada, el español Manuel Ugarte y otros amigos, me despertaron para invitarme a ver un linchamiento. Me vestí en un santiamén y les seguí. Se trataba de un negro que había atropellado a una joven blanca. El delincuente ya estaba preso, pero centenares de hombres y mujeres lo reclamaban, para destrozarlo, y se encaminaban a la cárcel precedidos y como al abrigo de un automóvil en que, pidiendo venganza a gritos, iba el padre de la víctima. Los policías, al ver acercarse la turba, hicieron además de disparar sus fusiles; mas no tiraron, y los asaltantes, que lo sabían, invadieron el recinto carcelario, de donde sacaron a rastras al negro. Cuando le ahorcaron, colgándolo de un árbol, ya había muerto y su cadáver, destripado a puntapiés, era una masa gelatinosa, informe, rojinegra, cosida a puñaladas y a balazos. Poco después, su aparato genital lo exhibían, dentro de un frasco, en un lugar céntrico, y eran las mujeres, lujuriosas y crueles, como las Euménides de la fábula, las que lo miraban con mayor afán».

La brújula

EUGENIO FUENTES

1

Un occidental en Japón

Donald Keene

Traducción y prólogo de José Pazó Espinosa

Ilustraciones de Akira Yamaguchi

Nocturna, 338 páginas, 17 euros



Memoria del sol naciente

Si alguien dudase del reconocimiento que el neoyorquino **Donald Keene** tiene como conocedor de Japón puede remitirse a internet: 2,32 millones de resultados. Claro que eso no garantiza que sus memorias atrapen sin remedio al lec-

tor o que sean una magnífica puerta de entrada para el conocimiento del país y su gente. Para resolver esa duda tendrán que sumergirse en sus apasionantes páginas. Lo que, por cierto, les permitirá disfrutar de unas ilustraciones encantadoras.

2

A 40 kms del Pacífico y 30 de Charles Chaplin

Enrique Jardiel Poncela

Prólogo de Evangelina Jardiel Poncela

Rey Lear

166 páginas. 15,50 euros



Risas en un país que no era imperio

Alguien que era capaz de escribir locuras geniales como **Eloísa está debajo de un almendro** tenía evidentes dotes para convertir en un texto acerado e hilarante una estancia en los EE UU de la década de los 30. **Jardiel** trabajó de guionista

para la Fox en Hollywood en dos ocasiones y hasta logró que se rodase una versión en verso de **Angelina o el honor de un brigadier**. Estas páginas, salpicadas de fotos, sellos, postales y hasta posavasos, son el acta jocosa de su aventura.

3

El lunes empieza el sábado

Arkadi y Boris Strugatski

Prólogo de Sofia Rhei

Nevsky Prospects

376 páginas, 20 euros



Surreal desfile de magos y científicos

Si el lector se apasiona por las historias de magos, hechiceros y todo tipo de criaturas encantadas, ésta es su novela. Pero también lo será si su mente se inclina hacia la ciencia, porque la muy divertida obra que los hermanos rusos **Stru-**

gatski, un matemático y astrónomo y un traductor, publicaron en 1965 es un desfile surreal de escenas fantásticas que el protagonista, un informático de los tiempos pioneros, se empeña en aceptar como materia de experimentos científicos.

4

Querida catástrofe

Teresa Moure

Pulp Books

236 páginas

18 euros



Poner la pluma donde hay que mirar

Que **Teresa Moure** es mucho más conocida dentro que fuera de Galicia es un hecho. Pero que los lectores en castellano deberían lamentarlo también lo es. Sobre todo, porque su prosa, de precisa sencillez, se detiene siempre en los reco-

dos más inadvertidos de personas, objetos y situaciones. Lo cual no sólo es indicio de talento narrativo, sino, más en general, de inteligencia. Condiciones muy necesarias para tratar, como aquí, vidas de seres que cambian de género.